

EL SIGNIFICADO DEL ASCO

Colin McGinn



CÁTEDRA

Colin McGinn

El significado del asco

Traducción de José Manuel Annacondia López

Índice

PREFACIO

PARTE I. EL ANÁLISIS DEL ASCO

CAPÍTULO 1. Las emociones repulsivas

CAPÍTULO 2. Las causas del asco

CAPÍTULO 3. La arquitectura del asco

CAPÍTULO 4. Teorías sobre el asco

CAPÍTULO 5. Manejo de los casos

CAPÍTULO 6. La función del asco

PARTE II. EL ASCO Y LA CONDICIÓN HUMANA

CAPÍTULO 7. Nuestra naturaleza dual

CAPÍTULO 8. Represión y asco

CAPÍTULO 9. Pensamientos sobre la muerte

CAPÍTULO 10. La cultura y el asco

BIBLIOGRAFÍA

CRÉDITOS

Prefacio

Este es un trabajo sincrético, que aúna lo filosófico, lo psicológico, lo biológico y lo literario. Se podría denominar «filosofía impura» y su materia de estudio bien se merece este adjetivo, ya que se centra en el significado y esencia de aquello que nos produce repugnancia. Debido a la amplia relevancia del tema del asco, el libro está destinado a un público variado. Considero que las ideas aquí presentadas se sitúan en el mismo territorio que el existencialismo y el psicoanálisis, y, aunque incorporan algunas de sus reflexiones, compiten con ellos. El resultado es lo que podemos llamar una «psicología hermenéutica» que intenta desvelar las desagradables verdades sobre lo que somos, en tanto que seres emocionales y autoconscientes con cuerpos orgánicos, aunque trata de hacerlo de una forma agradable (tanto Freud como Sartre fueron grandes escritores). El libro puede ser entendido como un ensayo en torno a la autocrítica de la especie y a la autocompasión, es decir, como una suerte de lamento.

Supongo que he estado interesado en este tema, de forma no sistemática, desde hace ya bastante tiempo —posiblemente desde que leí por primera vez a Freud, hace unos cuarenta años—. Pero el desencadenante inmediato que me llevó a trabajar en él seriamente ocurrió hace algunos años, cuando tuve que impartir un seminario de Filosofía de la Mente junto a Mark Rowlands en Miami. Me resultó difícil encarar nuevamente los mismos materiales de siempre, por lo que decidí que incluiría algunas sesiones sobre las emociones. Esto me llevó a pensar en el asco como una emoción, lo que encontré tan interesante como desconcertante. De los textos que leí, lo atrevido y estimulante de dos de ellos —*On Disgust*, de Aurel Kolnai, y *The Anatomy*

of Disgust, de William Ian Miller— me incitó a escribir sobre el tema. Al poco tiempo empecé a tener mis propias ideas, me adentré aún más en la literatura y, poco a poco, comencé a escribir. El resultado de dicho trabajo es este libro. Dados los desafíos y las oportunidades literarias, escribirlo ha sido un proceso agradable, aunque a la vez desconcertante. Me he visto obligado a enfrentarme a lo repugnante durante largos periodos de tiempo con el fin de llegar a su esencia, aunque esta no sea la actitud normal de los seres humanos (por los motivos que expondré en el texto). No estoy seguro de que sea saludable sumergirse en las profundidades de estas aguas tan sucias. La verdad no siempre es agradecida. Quedan avisados.

Quisiera expresar mi agradecimiento a Mark Rowlands, Jane Casillo, Ronald de Sousa y Carolyn Korsmeyer por sus muy útiles comentarios.

COLIN MCGINN
Miami
Noviembre de 2010

Parte I
El análisis del asco

CAPÍTULO 1

Las emociones repulsivas

El asco pertenece al área de la experiencia humana más protegida por el tabú y el eufemismo. Nos resulta muy difícil hablar de ello, tanto práctica como teóricamente. Existen buenos motivos para ello; nos encontramos con problemas relativos al decoro al enfrentarnos ante cualquier investigación honesta sobre los fenómenos del asco. El ámbito de lo asqueroso nos resulta, por su propia naturaleza, repelente y nada fácil de mantener a la vista. Ahondar en el tema nos puede conducir rápidamente a sentir la emoción correspondiente. Romper nuestro silencio natural sobre lo que nos asquea puede hacer saltar las alarmas. Plantearnos qué vocabulario utilizar puede ser en sí un asunto peligroso: ¿qué palabras serán ofensivas, absurdas o poco serias? Soy completamente consciente de lo delicado del tema y de la precariedad de mi posición¹. Trataré de abordar el tema sin indirectas evasivas y eufemismos tediosos, a la vez que intentaré evitar presentarle al público el objeto de este estudio de forma excesivamente vulgar. El humor y la ofensa andan de la mano y trataré de caminar sobre la línea que los separa. La materia que estudiaremos resulta, sin embargo, profundamente interesante y significativa, demasiado buena para seguir siendo ignorada. Además, un número de excelentes e intrépidos estudios que merecen darse a conocer han ido apareciendo a lo largo de los años, por lo que puedo apoyarme en mis ilustres precedentes para embarcarme en esta aventura hacia lo vil y repulsivo².

Nuestra primera tarea consiste en trazar un mapa del territorio reuniendo toda la información y enunciando algunas características esenciales. La exhaustividad y el detalle se-

rán de máxima importancia a la hora de evitar una simplificación excesiva y de presentar la problemática del asco vivamente ante nuestros ojos. El fin último reside en elaborar una teoría que aúne la clase de las cosas que nos producen asco: lo que todo lo asqueroso, y solamente esto, tiene en común. Nos hallamos ante, básicamente, una tarea de análisis conceptual, aunque no se trate de un análisis que tome simplemente el término asco y trate de adentrarse en su significado. En su lugar, trataré y analizaré la clase de cosas asquerosas e intentaré dilucidar qué es lo que las une a todas en relación con la emoción que provocan: ¿qué propiedades tienen las cosas asquerosas para que nos produzcan asco?³. Para empezar, resultaría útil determinar exactamente de qué emoción nos ocuparemos para no llegar a confundirla con otras, puesto que el asco es una reacción emocional muy específica.

He decidido seguir a Aurel Kolnai en su pionero estudio fenomenológico, *On Disgust*, a la hora de clasificar el asco como una emoción *repulsiva*, situándola junto al miedo y al odio⁴. Las tres pueden sentirse hacia el mismo objeto, como puede suceder al reaccionar ante un monstruo horrible, como un vampiro o un putrefacto zombi caníbal. Estas emociones, sin embargo, no son en ningún caso idénticas. El miedo puede ser entendido como prudencial, el odio como moral y el asco como estético. El miedo es prudencial en tanto que sirve para proteger a la persona (o el animal) ante el peligro: es prudente temer aquello que pone en peligro nuestra salud o nuestra vida. La expresión natural del miedo es la autoprotección ante el riesgo que supone el objeto temido. La huida es la forma de autoprotección más evidente, aunque también lo son una armadura, un arma o un puño en alto. También puede temerse algo que no puede causar un daño físico, como una situación económica adversa o una información que pudiera destruir nuestra reputación. En estos casos, la proximidad física del

peligro no es relevante. No todo daño a una persona resulta del encuentro de su cuerpo con un objeto peligroso. Es más, si la persona pudiera fortalecer los tejidos de su cuerpo con solo pensarlo, no se vería obligada a rehuir del contacto con el objeto temido. La huida es la conclusión natural del miedo, motivada por la vulnerabilidad del cuerpo. Evitar el contacto es un aspecto vital del miedo, pero no su esencia (que es, como veremos, en algo en que difiere del asco).

El odio puede ser entendido como una emoción moral en tanto que no es racional odiar a alguien que no nos haya perjudicado o, al menos, a quien no creamos que nos ha hecho daño⁵. Cuando odiamos a alguien, lo hacemos por lo que creemos que esa persona nos ha hecho, lo que consideramos injusto. Si odiamos a alguien por haber hecho algo contra nuestra persona —como, por ejemplo, haber mancillado intencionadamente nuestro buen nombre—, pero al final esta persona resulta ser inocente de lo que la acusamos, entonces nos encontramos racionalmente obligados a dejar de odiarla. No necesitamos temer a alguien para poder sentir odio, ya que la oportunidad para que esta nos cause algún tipo de daño puede haber pasado ya. Es posible odiar algo retrospectivamente, pero no tiene sentido temer a alguien de la misma manera, es decir, por lo que haya hecho en el pasado. El miedo está dirigido al futuro, mientras que el odio mira al pasado. Sin embargo, sería lógico que la persona a la que odiamos nos temiese, puesto que el odio es una emoción agresiva, en el sentido de que incita a quienes lo sienten a querer dañar al objeto de su odio (lo que no es necesariamente cierto en el caso del miedo). Si el miedo es defensivo, el odio es agresivo. El miedo está dirigido al sujeto y a su integridad, y no necesariamente implica una condena moral del objeto temido, mientras que el odio se dirige a un objeto externo en sí mismo, y requiere una evaluación negativa del mismo. Ambas emociones pueden ser consideradas «repulsivas», pero

la naturaleza de esta aversión es muy diferente en cada una⁶.

El asco, nuestro interés principal, es a su vez diferente, aunque también es repulsivo. Es una emoción estética en tanto que su principal foco es la *apariciencia* de su objeto, no lo que este pueda hacer o haya hecho para causar un daño. Se puede sentir asco por algo que ni temamos ni odiemos, que no creamos que pueda lastimarnos o que pueda afligirnos. Su expresión natural no es ni defensiva ni agresiva, sino que es más bien de *evitación*. Sentir asco por algo es, esencialmente, querer evitar cualquier contacto con ese objeto, tanto con la vista como con el tacto, el olfato o el gusto —aunque, curiosamente, no con el oído—⁷. Sin importar cuán insensibles podamos sentirnos hacia cierto hedor, o cuán inocente creamos que es (o que es su productor), aun así queremos escapar de su presencia y distanciarnos de él. Escondernos como un avestruz, metafóricamente hablando, no es una reacción racional ante un objeto que nos provoca miedo, pero sí que lo es cuando queremos escapar de un estímulo desagradable (y lo que es más, hacerlo cuando sentimos miedo es confundir el miedo con el asco). El asco a diferencia del miedo y el odio, está directamente ligado a la condición de los sentidos y a lo que estos están transmitiendo a nuestra conciencia. Lógicamente, podemos temer que algo vaya a causarnos asco, puesto que sentir asco es, de algún modo, una forma de daño de tipo psicológico. Sin embargo, el asco en sí mismo no es igual que el miedo precisamente porque el estímulo asqueroso no necesita más que provocarnos la mera idea del asco para causar daño. El objeto del miedo, por el contrario, puede provocar un daño que va más allá de la sensación de miedo; si no fuera así, no sentiríamos *miedo* en absoluto. No existe contradicción alguna en la idea de que un estímulo profundamente asqueroso puede ser completamente inofensivo,

y que el sujeto así lo juzgue (como en los ejemplos que expondré en breve)⁸.

Kolnai expresa este contraste con términos fenomenológicos tradicionales, *Dasein* y *Sosein*: la «existencia» y la «esencia». El miedo se dirige hacia su objeto como un elemento que existe, puesto que solo aquello que existe puede representar un peligro. Por lo tanto, es necesario presuponer la existencia del objeto que se teme, independientemente de la realidad de este hecho (independientemente de que exista o no). Lo mismo se puede decir del odio, ya que solamente algo que existe puede lastimarnos. El asco, sin embargo, se centra en la «esencia», es decir, en las cualidades fenomenológicas que posee el objeto (intencional). La realidad de un objeto es esencial para su capacidad de ser temido u odiado, mientras que la apariencia sensorial del objeto es irrelevante para ello. En el caso del asco, por el contrario, la apariencia del objeto pasa a un primer plano, mientras que su existencia se ve relegada a un papel secundario. Lo que es esencial para su naturaleza asquerosa es lo que el objeto *aparenta ser* a los sentidos, no lo que puede ser en sí mismo o, incluso, el peligro que nos pueda suponer. Podemos postular este contraste intuitivo de una manera bastante directa: el miedo y el odio presuponen la existencia del objeto (es decir, el sujeto de la emoción necesita creer que el objeto existe), pero es posible sentirse asqueado por un objeto en cuya existencia *no se cree*. En otras palabras, podríamos creer que estamos teniendo una alucinación en la que se nos presenta un objeto y aun así sentir asco por él. ¿Por qué? Porque la apariencia sensorial puede ser la misma independientemente de que el objeto exista o no. Supongamos que empezamos a creer que somos cerebros en unas cubetas (lo seamos o no): el rango de nuestra experiencia produciría las mismas vistas, sabores y olores asquerosos que antes de habernos convencido de nuestro nuevo estado. El *Sosein* permanecería constante, aunque el *Dasein* (percibido) haya cambiado. No seguiría-

mos temiendo u odiando lo que creemos que son ilusiones, ya que ningún daño puede ser causado por meras ilusiones, aunque seguirían manteniendo su poder para desagradar. Lo mismo sucede con la belleza: un objeto no deja de parecernos bello solo porque pensemos que es una ilusión (por ejemplo, imaginemos un alucinógeno que nos permite percibir hermosas visiones). Las emociones estéticas están orientadas hacia la apariencia y, por ende, no requieren que el objeto exista². El asco es una emoción «independiente de la existencia», mientras que el miedo y el odio son «dependientes de la existencia» (en relación con las creencias del sujeto). Macbeth puede sentirse asqueado por su daga ensangrentada, aun sabiendo de que es un mero producto de su imaginación, pero no puede temer u odiar a Macduff si al mismo tiempo rechaza su existencia.

En el caso del asco, su dependencia de la apariencia pone de manifiesto otro contraste entre este y las otras dos emociones repulsivas. Un objeto puede parecer temible pero no serlo, o no ser temible pero parecerlo. El odio actúa de forma similar, ya que podemos estar equivocados con respecto a quien creemos que nos ha dañado. Ser peligroso o culpable es una propiedad objetiva cuya apariencia puede engañarnos. Sin embargo, no puede darse el caso de que un objeto aparente ser asqueroso y no lo sea, o que un objeto asqueroso no aparente serlo. En el asco, la realidad y la apariencia convergen. *Ser asqueroso es aparentarlo*. Sería completamente ilógico mantener que la categoría de cosas que resultan asquerosas para los seres humanos realmente no lo son (para ellos), mientras que otro grupo de cosas que resultan bastante agradables (para ellos) son, en realidad, desagradables. Y, aun así, son posibilidades plenamente lógicas para el miedo y el odio —a pesar de la inmensidad del error en el que se debería incurrir—. Decir que las heces *en realidad* no son desagradables para los seres humanos, mientras que los diamantes lo son, es una proposición completamente absurda; nuestro escepticismo

no puede llegar tan lejos. Pero no es conceptualmente escandaloso suponer que los seres humanos estamos sistemáticamente equivocados sobre lo que nos supone un peligro o lo que nos ha hecho daño. Esto se debe simplemente a que el asco está relacionado con el *Sosein*, mientras que el miedo y el odio conciernen al *Dasein*: el asco se basa, esencialmente, en la apariencia¹⁰, lo que no quiere decir que los objetos propios del asco sean *experiencias* y no objetos externos; es más, esto sería un error categorial y ciertamente falso: como explicaré más adelante, elementos psicológicos como las experiencias no pueden ser en ningún caso objetos del asco, y mucho menos ser los objetos familiares que nos provocan esta reacción. El hecho es más bien que los aspectos desagradables de los objetos pertenecen a su apariencia sensorial, no a lo que pueda encontrarse detrás de esta apariencia. Este hecho, sin embargo, no es cierto para el miedo y el odio. Es el «modo de presentación» del objeto lo que provoca asco, pero es la referencia en sí misma lo que es temido u odiado, sin importar cómo se presente. Las heces nos asquean por un *Sosein* específico, pero los leones nos causan pavor por su *Dasein*, y da igual cómo podamos percibirlos. Es por ello por lo que nadie necesita *decirnos* que debemos sentir asco por las heces, pero ser avisado sobre los peligros que suponen los leones puede sernos muy útil. Las apariencias son decisivas en el primer caso, pero potencialmente falaces en el segundo. Lo que un elemento objetivamente *hace* es lo que lo convierte en algo temible u odiable; lo que un elemento subjetivamente *parece* es lo que lo hace desagradable.

Debemos considerar un último punto preliminar: el foco primario del asco es la proximidad, el contacto; es decir, tratamos de evitar estar cerca de lo que nos provoca asco. En concreto, la percepción de tal proximidad es lo que controla la emoción. Nuestra aversión se debe esencialmente a que el objeto asqueroso invade nuestra conciencia a través de nuestro cuerpo. Podemos argumentar, por lo tanto, que

la motivación de nuestra aversión reside principalmente en nuestro estado mental: en pocas palabras, queremos evitar ciertos estados mentales. Esto no sucede con el miedo y el odio, que suscitan una aversión basada más en cuestiones relativas al cuerpo: tratamos de evitar aquello que suponga un peligro real para él. El daño físico no es el estímulo repulsivo en lo que respecta al asco; no nos preocupa (necesariamente) que el objeto desagradable pueda suponernos un peligro físico. Y si lo hiciera, el miedo sería la respuesta más lógica. Tratamos de evitar la penetración de nuestra conciencia rechazando ciertas experiencias. Por lo tanto, tiene lógica que nos tapemos la nariz en presencia de un hedor, pero no tiene ningún sentido que lo hagamos frente a un puño amenazante. Tememos una nariz rota (y odiamos a quien la rompe), pero nos sentimos asqueados por el olor cuando invade nuestra conciencia olfativa. En este sentido, el asco se centra en la conciencia, no en el cuerpo¹¹. Alguien que fuera incapaz de sentir cualquier forma de experiencia sensorial estaría privado de la emoción del asco, pero sería capaz de sentir miedo como cualquier otra persona. Nos sentimos asqueados por un objeto externo *en tanto en cuanto* afecte nuestra conciencia perceptiva de algún modo nocivo. Cuando un olor nos desagradamos buscamos alejarnos de la fuente de tal olor, o al menos evitar la imposición de su contacto, a fin de preservar un estado de conciencia libre de asco. Cortamos de raíz este contacto perceptivo precisamente para mantener una conciencia «limpia». Esta es una reacción muy diferente a la que tenemos cuando nos enfrentamos a un objeto que tememos u odiamos: en este caso, nuestro foco se dirige hacia —y está anclado en— el exterior.

En resumen: el asco es una emoción repulsiva *sui generis*, cuya diferencia con sus parientes repulsivos es de una gran importancia. Y es esta singularidad lo que lo hace particularmente problemático desde un punto de vista filosófico. La pregunta es, en esencia, la siguiente: ¿por qué debe-

ríamos sentir tanta repugnancia por aquello que no es intrínsecamente dañino para nosotros? Si el asco identifica a sus objetos independientemente de su peligrosidad, entonces, ¿a qué otra característica de los objetos responde? ¿En virtud de qué encontramos desagradable aquello que consideramos asqueroso? ¿En qué consiste la naturaleza repulsiva del objeto del asco si no es en su potencial para dañarnos? Rechazamos, por naturaleza, aquello que puede lastimarnos o que nos ha perjudicado, pero ¿qué ha hecho el objeto de nuestro asco para provocarnos una reacción tan extremadamente negativa?¹². ¿Cuál es la razón de ser del asco? ¿Qué *significa* el asco? ¿Cuál es el meollo de la cuestión?

¹ Tal vez estoy siendo demasiado precavido: mi público puede ser menos susceptible de lo que supongo que es (o de lo que soy yo). Hay ciertamente una gran diferencia entre escuchar una exposición sobre este tipo de material en una clase, en un contexto público, y leer sobre ello en privado. En el primer escenario, las palabras han de ser dichas en voz alta y dirigidas a un público identificable, mientras que en el segundo contexto su recepción se hace en silencio y de forma distante. De todas formas, no me gustaría que mi público pensara que ignoro lo delicado que es el tema.

² Los trabajos a los que me refiero son *On Disgust*, de Aurel Kolnai; *The Denial of Death*, de Ernest Becker; *Theory and History of A Strong Sensation*, de Winfried Menninghaus, y *The Anatomy of Disgust*, de William Ian Miller. He aprendido de cada uno de estos libros y los citaré frecuentemente en mi propio trabajo. Las citas se harán con el nombre del autor y la página o capítulo de referencia.

³ En consecuencia, rechazo la idea de que la clase de las cosas asquerosas no tenga nada en común más que una apariencia similar. Estoy en general en contra de la tesis wittgensteiniana que postula que un concepto puede construirse de esta manera, por los motivos dados en el capítulo 2 de mi *Truth by Analysis*. También recomiendo *The Grasshopper*, de Bernard Suits, como un antídoto contra la idea reflexiva del modelo de parecidos de familia. En cualquier caso, como precepto metodológico, debemos buscar primero condiciones necesarias y suficientes, y abandonar este proyecto solo si nos viésemos obligados; no obstante, resultará que somos, en efecto, capaces de proveer estas condiciones. Kolnai hace que su objetivo sea el de «buscar captar la esencia, el significado y la intención del asco, y también lo que puede ser llamada la ley de cohesión de su reino de objeto» (pág. 30), y esto bien describe también mi